

4.º R. hace finalmente la *revelación* y merece reproducirla enteramente:

—Estamos bajo la cripta de la iglesia de Belgrano. ¿La conocés? Esa iglesia redonda. La iglesia de la Inmaculada Concepción —agregó con tono irónico. Después... dijo:

—Te diré que también éste es uno de los nudos del universo de los Ciegos.

Al cabo de un silencio añadió:

—Este será el centro de tu realidad desde ahora en adelante. Todo lo que hagas o deshagas te volverá a conducir hasta aquí. Y cuando no vuelvas por tu propia voluntad, nosotros nos encargaremos de recordarte tu deber.

5.º Comienza en seguida el ritual de iniciación a la gnosis. Soledad se desnuda y se ofrece, abriendo sus piernas, a Sábato. «S(ábato) sintió que allí estaba en ese momento el centro del Universo.» Pero R., tomando el farol, le ordena:

—Ahora mirá lo que tenés que ver.

Y al decir esto ilumina el vientre de Soledad. Sábato ve, «con horrenda fascinación», que en lugar del sexo, Soledad tiene «un enorme ojo grisverdoso» que lo observa «con sombría expectativa, con dura ansiedad». Ahora bien, el *ojo heterotópico* es el símbolo consuetudinario de la visión parapsíquica, de la clarividencia, pero a la vez está ligado con la idea de destrucción (cfr. el Cíclope o la diosa Shiva) o la descomposición. En efecto, en el simulacro de unión sexual, impuesta por el poder demoníaco, este ojo revienta:

Y mientras sentía que aquel frígido líquido (del gran ojo) se derramaba, él comenzaba su entrada en otra caverna, aún más misteriosa que la que presenciaba el sangriento rito, la monstruosa ceguera.

6.º Si después de este rito de iniciación no se nos describe el desenlace, en cambio la segunda *katábasis* termina con la huida de los infiernos, con el difícil ascenso y su desesperada lucha por pasar «la barrera de inmundicias y ratas (que) era lo último que lo separaba de la luz». Sólo que, a pesar de haberse escapado prácticamente ileso (a Fernando Vidal Olmos le había sacado los ojos un pájaro ciego), Sábato vuelve entre la gente como un fantasma. Y al entrar en su casa, delante de su mesa de trabajo, encuentra a... Sábato sentado. «Soy yo», le explica, y luego rectifica «Soy vos», pero el otro Sábato

no le nota. Y se produjo el trágico desdoblamiento, ya la psique está separada del cuerpo:

Los dos estaban solos, separados del mundo. Y, para colmo, separados entre ellos mismos.

Había perpetrado su *hybris*. Las dos dimensiones humanas comienzan a llorar en silencio.

Dios habla principalmente por medio de sueños y visiones, nos recuerda Carl-Gustav Jung, y agrega que es inconcebible cómo los pensadores y los religiosos siguen ignorando su inconsciente cuando, desde el principio del siglo, «el inconsciente es un concepto básico que es indispensable para toda investigación psicológica seria» (25).

En su legítima aspiración de explorar el alma, los fondos de la psique, Ernesto Sábato legaliza el análisis junguiano de los sueños: «Jung existe gracias a esta clase de sueños» (A. 211). Es obvio el concepto de Jung en las enseñanzas del gran novelista:

—Al desprenderse el alma del cuerpo se desprende de las categorías del espacio y del tiempo, que rigen sólo para la materia, y puede observar un puro presente. Si esto es cierto, los sueños no sólo darían rastros significativos del pasado, sino visiones o símbolos del futuro. Visiones no siempre claras. Casi nunca unívocas o literales (A, 159).

Palabras admirables que restablecería la misión de profeta, de vate, para los poetas. No podemos, por tanto, ignorar las tres visiones apocalípticas del Loco, el análisis de Sábato que sacrifica su ser para demostrar el reino del Mal, o las siniestras profetizaciones sobre la Quinta Ronda (A, 335) que anuncian el «fin de una civilización materialista», y la venida del Quinto Angel, «Abaddón o Apollyón, el Angel Bello o Satanás» (A, 458), que va a destapar el hoyo sin fondo: Dios, El Exterminador, anunciado por San Juan (26).

Si este escritor «buscaverdades» gastó tanta tinta y vida en legar tal tremenda novela, conviene detenernos un poco en su cavilación: *la renovación por la destrucción* (A. 336), que, aunque parezca un tanto anarquista, es la memoria de la humanidad, la fe—como lo explica Mircea Eliade (27)—, en un nuevo comienzo cosmogónico, que restablezca el orden divino.

[25] C. G. Jung: *Op. cit.*, p. 100.

[26] Apocalipsis 9:11: «et habebam super se regem angelum abyssi cui nomen hebraice Abaddon, graece autem Apollyon, latine habens nomen Exterminans.

[27] Eliade, Mircea: *Myth and Reality*, New York, Harper Colophon Books, 1975.

El concepto trágico que domina actualmente la literatura y las mentes, decía Sábato en un ensayo, la pérdida de «la ilusión de ser eterno», explica por qué los temas centrales de los libros de hoy sean «a menudo la angustia, la soledad, la incomunicación, la locura y el suicidio» (HE, 86); en suma, el Mal. Y agrega: «El Universo, visto así, es un universo infernal, porque vivir sin creer en algo es como ejecutar el acto sexual sin amor.»

Su optimismo se funda en la fe en el «instinto» humano:

... no preguntar cómo es posible que se luche cuando el mundo parece no tener sentido y cuando la muerte parece ser el fin total de la vida; sino, al revés, sospechar que el mundo *debe de tener un sentido*, puesto que luchamos, puesto que a pesar de toda la sinrazón seguimos actuando y viviendo, construyendo puentes y obras de arte, organizando tareas para muchas generaciones posteriores a nuestra muerte, meramente viviendo (HE, 87).

PAUL TEODORESCU

7 John Circle, 4
Salinas
California 93905 (USA)